

EL CAMINAR DE UNA IGLESIA

Homilía de don Samuel Ruíz con motivo del recibimiento de don Raúl Vera López como obispo coadjutor de la diócesis de San Cristóbal de las Casas.

Hermanas y hermanos: Quiero compartir con ustedes lo que Dios nuestro Padre a través del Espíritu de Jesucristo ha realizado en nuestra Iglesia.

En una comunidad limitada y pecadora como la nuestra, se hace presente la salvación de Jesús, el Mesías en el Espíritu. Por eso, hablar de nuestra Iglesia implica partir de la actividad del Espíritu Santo en ella. Como todos sabemos, en el Símbolo de la Fe se menciona a la Iglesia como obra del Espíritu que continúa lo iniciado por Cristo. Desde el Concilio Ecuménico Vaticano II, Cristología y Pneumatología, encarnación e inhabitación, son los puntos de partida para reflexionar el misterio de la Iglesia. El escándalo de la encarnación cobra una dimensión eclesial al contemplar una comunidad de pecadores en la que se conserva y actualiza la herencia del Señor Jesús. La relación de Dios con la Iglesia nos permite creer en ella como obra de Dios, como lugar de nuestra fe, como marco de nuestro compromiso y testimonio, como el “nosotros” que enmarca nuestra fe personal. Esta es la perspectiva escogida por el Concilio de los Papas Juan XXIII y Pablo VI para hablar de la Iglesia. Esta es también la perspectiva desde la cual nos hemos ido comprendiendo en este largo y doloroso caminar como Iglesia de Cristo en Chiapas.

En nuestro proceso eclesial hemos ido experimentando a la Iglesia como misterio de fe. Desde esta comprensión misteriosa de la Iglesia, en nuestra diócesis todos los bautizados son activos tanto en la vida interna como en la misión de la Iglesia (LG 9). El binomio comunidad-pluralidad de ministerios y carismas ha ido configurando a nuestra Iglesia local. El concilio nos permitió redescubrirnos como Pueblo de Dios lo que nos ha animado a una mayor comunión entre pastores y laicos; a una mayor participación, corresponsabilidad y protagonismo de todos y de todas.

En nuestro caminar como Pueblo de Dios hemos llegado a ver con claridad que la jerarquía es una parte y no toda la Iglesia, que el Espíritu se da a toda la comunidad, no es monopolio jerárquico (LG 12) y que en la Iglesia todos somos simultáneamente Iglesia docente y discente, en virtud de la común vocación y experiencia espiritual, aunque no todos tengamos una función docente jerárquica.

El Concilio vaticano II ha contribuido de manera decisiva en la renovación de esta Diócesis de San Cristóbal de Las Casas. Somos una Iglesia que, bajo el impulso del Espíritu Santo procura seguir a Jesucristo.

En nuestro peregrinar hacia el Padre en el seguimiento del Hijo nos hemos interrogado sobre nuestra significación y función en el mundo, no de forma aislada y abstracta sino en el contexto histórico y conflictivo en donde nos ha tocado vivir nuestra fe. Medellín y Puebla nos han ayudado a ubicarnos en este contexto histórico y conflictivo de todos ustedes conocido. El buscar ser una Iglesia encarnada en el mundo nos ha llevado a realizar un discernimiento a nivel de toda la Diócesis. Así, hemos ido adquiriendo una conciencia adulta que nos capacita para asumir la evangelización del mundo y la construcción del Reino.

S.S. Pablo VI y S.S. Juan Pablo II con su magisterio nos han animado a ser una Iglesia evangelizadora, misionera, inculturada. S.S. Juan Pablo II nos dice que "El Evangelio de Cristo no quita nada a la libertad del hombre, al respeto debido a las culturas, a lo que hay de bueno en toda religión..." (Redemptoris Missio).

En nuestro caminar como Iglesia asumida desde la fe, nos ha permitido como Iglesia diocesana -tanto a mí como a mis hermanos presbíteros, religiosas, religiosos y laicos comprometidos en la vida y misión de esta Iglesia- experimentar de una manera nueva al Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo. A través del proceso eclesial que hemos vivido en medio del pueblo, hemos caído en la cuenta de que Dios se revela desde los pobres, desde el sufrimiento, desde la debilidad. Desde la experiencia de muerte de los pobres de esta hermosa tierra, Dios se nos ha ido revelando como un dios que libera y da vida. Así, desde esta experiencia nos hemos transformado por pura gratuidad en sacramento y signo del Reino de Dios.

La historia reciente de la Diócesis no sería lo que es sin el impulso que el Vaticano II dio a la Biblia en la vida, en la misión y la pastoral de la Iglesia. Nuestra diócesis se acercó a la Sagrada Escritura desde su propia historia, desde la situación de un pueblo que sufre maltratos e injusticias, pero que bajo el impulso de la Palabra de Dios se ha ido organizando para defender su derecho a la vida. Los relatos bíblicos han iluminado nuestro caminar, comunitario y personal, y nos han ayudado a percibir en él la intervención salvífica del Dios que libera de toda servidumbre, de toda opresión. La lectura eclesial de la Sagrada Escritura ha contribuido a humanizar nuestra realidad de marginación social ancestral.

El pueblo cristiano de esta iglesia de San Cristóbal -cuyo conocimiento y manejo de la Sagrada Escritura ha crecido y se ha fortalecido tanto en estos últimos años- percibe muy cercana la Palabra de Dios. La siente hablando directamente a su vida cotidiana. Así, pues, podemos decir que el pueblo creyente ha aprendido a leer su situación desde los acontecimientos del Éxodo. La experiencia de opresión vivida por Israel en Egipto le ha enseñado a esta Iglesia que la opresión, en cualquiera de sus formas, significa muerte. Frente a la opresión está la vivencia del éxodo: liberar es dar vida dando la propia vida como Jesús. Desde esta experiencia que el propio Dios ha suscitado en nuestro caminar hemos llegado a ser una Iglesia que trabaja a favor de la vida y en contra de todo lo que produce muerte. Dios libera porque es el Dios de la Vida. Los acontecimientos del éxodo nos revelan a un Dios que ama la vida.

Somos una Iglesia que está viviendo su éxodo: estamos pasando de la esclavitud

vitud a la libertad, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida. En este éxodo estamos dejando de ser una Iglesia ritual y nos vamos transformando en una Iglesia comprometida con el Reino de Dios y su Justicia (Mt 6,33). Desde esta experiencia exódica tenemos más claro que a Dios no se le rinde verdadero culto sino en situación de libertad; a su vez, también tenemos claro que la liberación alcanza su plenitud en la oración al Señor (Ex 3,12; Ex. 15).

En nuestro caminar como pueblo de Dios hemos revalorado la memoria como lugar de la fe. En ella se da una relación con el presente (cfr. Dt 6, 20-25). Además, hemos descubierto que la acción de Dios en nuestra historia requiere una puesta en práctica de sus mandatos, se trata de un compromiso en el hoy de la vida de su pueblo. En esta “Hora de Gracia” tenemos que actualizar nuestra alianza con el Señor. Dios no nos impone su alianza; ella es un don, por eso mismo exige una opción. Una opción por la vida contra la muerte; una opción por la libertad contra la esclavitud; una opción por la luz contra las tinieblas; una opción por la verdad contra la mentira. En suma, renovar hoy nuestra alianza con el Señor implica un don y una tarea.

Sin embargo, hermanas y hermanos, la liberación integral que el señor Jesús nos trae es rechazada por muchos: El es la luz, la vida, pero no todos la acogen como la acogió el ciego de nacimiento. Para él, ver al Señor fue fuente de libertad. El ciego que deja de serlo nos muestra con su comportamiento ante los fariseos que lo juzgan y lo excomulgan de la sinagoga, que la libertad es la actitud del creyente. Esta nueva actitud del que había sido ciego nace de Jesús, en cuanto es acogido como luz, como vida. El ciego, para llegar a la libertad hizo su experiencia de éxodo. Descubrir a Cristo como aquel que nos hace pasar de las tinieblas a la luz, es ser libre.

Fr. Bartolomé de Las Casas antes de su conversión estaba privado de la luz. A raíz de su conversión deja de ser ciego. Desde 1514 hasta el final de su vida, el primer obispo de Chiapas trabajará contra la opresión y la muerte temprana del indio.

Fr. Bartolomé vivió totalmente consagrado a la liberación de sus hermanos indígenas. Supo ver con claridad que la pasión de Cristo se prolonga en la opresión de los habitantes originarios de esta tierra. El asumió con generosidad, con audacia, la defensa del indio. Nuestra Iglesia es heredera de esta práctica profético-liberadora de aquel que por su acción en favor de los indios se convirtió en su defensor.

La memoria de la actuación de Dios en la historia de su pueblo nutre e interpela la memoria de la Iglesia en la que vive nuestra fe. En nuestro caminar en fidelidad al Evangelio de Dios, hemos descubierto que la fe no es una cosa que se guarda en una caja fuerte para protegerla, es vida que se expresa en amor y entrega al otro a la manera de Jesús (Jn 10,11-18; 13, 1-20). Para el Señor tener miedo equivale a no tener fe (Mc 8, 45-52; Mt 14, 22-23). Lo que nos da la victoria sobre

el mundo es nuestra fe (1 Jn 5,4). Es el Señor el que nos hace fuertes. Nosotros somos débiles; en él somos fuertes.

En el contexto conflictivo en que vivimos nuestra fe nos preguntamos ¿Cómo amar a la manera de Jesús sin arriesgar? ¿Cómo amar sin meternos en el mundo de los desposeídos de Chiapas que luchan por su derecho a vivir? ¿Podemos, en esta hora, pasar de largo frente a nuestro pueblo asaltado por la miseria y la injusticia como el sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano? ¿Debemos asumir el comportamiento del buen samaritano?

Creo que desde nuestro compromiso eclesial estas preguntas quedan respondidas. Ya que el habernos hecho solidarios de este pueblo asaltado en el camino de la historia nos ha llevado a vivir conflictos no previstos y hasta incomprendidos incluso al interior de la propia comunidad eclesial. Sin embargo, la parábola de los talentos (cfr Mt 25, 14-30) nos ha enseñado que una vida cristiana, basada no en la formalidad y la autoprotección, sino en el amor gratuito del Padre y en servicio al prójimo, sobre todo al pobre, constituye la verdadera fidelidad al Señor. San Juan, en el pasaje del ciego de nacimiento (Jn 9) nos muestra cómo el Señor devuelve al ciego su libertad y su capacidad de opción personal. “¿Tu crees en el hijo hombre?”, pregunta Jesús al que había sido ciego. “Él entonces dijo: creo Señor” (Jn 9, 35-38). La fe es siempre un acto libre. Así, el insigne aquel que al principio del relato es presentado como un mendigo sentado pasivamente (Jn 9,8), crece, discute irónicamente con los fariseos y termina haciendo una clara confesión de fe. Se hace sujeto a través de la fe en Jesús.

Nosotros éramos ese ciego. Ahora vemos a aquel que es “la luz del mundo” (Jn 8, 12). El Señor, como nuevo Moisés nos conduce hacia la libertad, hacia la vida. De Jesucristo hemos aprendido que la Verdad hace libres (Jn 8,32). Pero también sabemos que la libertad se recibe del Hijo (Jn 8, 36) . El Hijo único nos saca de la situación de esclavos, que es la propia de quien practica el pecado (Jn 8, 34).

Nuestro camino, hecho de cruz y resurrección, nos ha permitido experimentar a través del Espíritu de Jesucristo nuestras condiciones de hijos e hijas de Dios. Por el Espíritu que anima nuestro caminar, Dios ya no aparece como soberano, sino como Padre que nos libera de todo dominio y sujeción haciéndonos libres y señores (dueños) de nosotros mismos. En Cristo somos “linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de aquel que nos ha llamado de la tinieblas a su luz admirable” (1 Pe 2,9).

La experiencia de vida y libertad ante Dios que ha producido el espíritu de nuestra diócesis es la única que nos libera de la idolatría de poder, de la riqueza y de la fama. Esta experiencia de vida y libertad suscitada por el Espíritu nos ha llevado a asumir una opción eficaz en favor de los pobres y en contra del sistema de injusticia que está a la base de su miseria y marginación. No son las ideologías las que motivan nuestra acción eclesial, sino la experiencia de Dios que escucha el clamor de su pueblo oprimido en Egipto. Nosotros, como Moisés, hemos hecho nuestro el sentir de Dios contra la opresión y la injusticia. Hemos aprendido a ver la

realidad de los pobres desde la óptica divina. Hemos aprendido por la acción del Espíritu Santo a sentir con Dios. Por eso somos una Iglesia que ha hecho opción por los pobres; la opción por los pobres que, antes que ser opción de la Iglesia, es opción de Dios y opción de Cristo. Por fidelidad a Dios hemos optado por los pobres. Desde los pobres Dios nos ha permitido redescubrir el ser y misión de la Iglesia.

Para san Juan, siendo el don de sí la exigencia y expresión del amor (Jn 10, 11, 15. 17; 15,13), el ser humano ha de ser dueño de sí mismo de su propia vida para poder darse enteramente y rechazar toda atadura que le impida entregarse a los demás. De ahí la condición expresada por el Señor: perder el miedo a la muerte (Jn 12, 24-25); éste impediría una donación total como la suya. Nuestra Iglesia ha perdido el miedo a la muerte. Nosotros sabemos que la cruz culmina en la resurrección. Como Pablo, en nuestros padecimientos completamos lo que falta a la pasión de Cristo. Somos una Iglesia, que, como San Francisco, lleva los estigmas de Jesús. Hemos querido, con alegría, con jovialidad, integrar la cruz del Señor como parte de nuestra existencia eclesial.

En el episodio del ciego de nacimiento Jesús llama a la libertad. El ciego de nacimiento no es culpable de su situación. Él nunca ha conocido la dignidad humana (Jn 9,1). Su situación era de inactividad y dependencia (Jn 9,8). En un primer momento, Jesús no lo llama a su seguimiento; lo deja afrontar las consecuencias de su nueva condición. Él muestra su libertad ante los fariseos y los escribas, rebatiendo sus argumentos hasta que es expulsado de la sinagoga (Jn 9, 34), entonces lo encuentra Jesús. La experiencia de Jesús que posee el ex-ciego de nacimiento le lleva a relativizar toda la autoridad y enseñanza de los maestros de Israel. De ahí que anote Juan dos veces “que es mayor de edad” (Jn. 9, 21,23). La experiencia del Espíritu (la nueva vida) ha terminado en él la obra la creadora. A nosotros también nos ha llamado a la libertad, desde esta libertad que Cristo nos ha alcanzado ya no vivimos para nosotros mismos, sino para Dios y para nuestros hermanos.

Hermanas y hermanos: en nuestro caminar hemos experimentado al Señor de una manera nueva. Somos una Iglesia formada por hombres y mujeres libres. Desde esta libertad que Cristo nos ha dado, proclamamos y vivimos nuestra fe en él. Somos mayores de edad. Podemos hablar por nosotros mismos. Hemos aprendido a caminar. Somos sujetos, somos personas... somos hijos e hijas en Él.

De Jesús hemos aprendido el respeto a la libertad. Este respeto de Jesús por la libertad del ser humano aparece en el pasaje del ciego de nacimiento. Jesús ofrece la salud al ciego pero espera su deseo e iniciativa para salvarlo (Jn. 9, 7). Jesús respeta la libertad del otro aun a costa de la propia vida (Jn 13, 26-30). Así, nosotros como Iglesia, hemos respetado la libertad de aquellos hermanos y hermanas a quienes les hemos anunciado el evangelio. Hemos procurado evitar las prácticas que crean dependencias que impiden a los pobres ser sujetos de su propia historia.

El ciego de nacimiento es el hombre nacido en el seno de las tinieblas (la mentira), que le han ocultado el proyecto de Dios sobre él. Al untarle, Jesús, con su "barro" (el hombre acabado: carne más espíritu; Jn 9,6), le hace ver el brillo de la luz-verdad: la vida contenida en el proyecto divino se hace luz para él. Al aceptar el agua del enviado (Jn 9, 7), el Espíritu, lo ilumina la luz, y recobra la visión. La experiencia de vida que le comunica el Espíritu le descubre la verdad: el Dios amor que lleva al hombre a su plenitud dándole su identidad (Yo soy: Jn 9,9) por el nuevo nacimiento (Jn 3, 5-9). Esta verdad es su sabiduría. Con ella puede oponerse a los fariseos y a los escribas, quienes, al condenar la acción de Jesús, siguen proponiendo la mentira de un Dios que antepone el aspecto legal a la integridad y plenitud del ser humano (Jn 9, 16-24). La verdad descubierta lo hace incompatible con la sinagoga que es la tinieblas (Jn 9,34).

Hermano Raúl, el episodio del ciego de nacimiento ilustra nuestra experiencia eclesial. Para nosotros, creer en Jesús significa aceptar su amor, manifestado hasta el extremo en su muerte. Para nosotros creer en Jesús es tomarlo como modelo de vida, adoptando como norma de conducta un amor al ser humano como el suyo. Para nosotros creer en Jesús, incluye una identificación con su persona que se manifiesta en la identidad de actitud y actividad.

En este largo caminar como Iglesia de Dios en Chiapas, hemos aprendido que la fe en Jesús desemboca, necesariamente, en el amor de identificación con El, que se traduce en la actividad del amor por la persona humana, sobre todo, por el pobre, por el excluido.

La identificación con Jesús por la participación del mismo Espíritu ha hecho que esta Iglesia diocesana de San Cristóbal continúe la actividad liberadora, humanizadora de Jesús, con obras como las suyas y aún mayores (Jn 14, 12). Somos una Iglesia que aceptado con alegría y esperanza la cruz de Cristo, como Pablo, también nos gloriamos en la cruz de Cristo (Gál 6,14). La identificación con Jesús nos ha llevado como a San Francisco de Asís a trabajar por la reconciliación y la paz en Chiapas y en México. Nuestro compromiso en favor de la justicia y de la paz brota de la fe en el Señor Jesús. Consideramos que el trabajo de "mediación" para alcanzar la reconciliación y la paz es un trabajo eminentemente eclesial. Como pastor de esta Iglesia no puedo sustraerme de esta tarea que ha de fructificar en mayor bienestar para todos los moradores de esta tierra.

Fr. Raúl, ésta es la Iglesia que hoy te recibe como hermano muy querido. Sabemos de tu amor por los pobres, de tu fidelidad al Señor. Que tu ministerio episcopal nos ayude a seguir avanzando en nuestro caminar bajo el impulso del Espíritu del Señor. Pienso que tu aportarás savia nueva a nuestra Iglesia. Tu alegría nos ayudará a ser mejores testigos de la Pascua del Señor. Hoy que te integras a este pueblo que ya es tu pueblo, te deseo que el Señor te bendiga y te guarde, que ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio, que te muestre su rostro, y te conceda la Paz (Nm 6,24 26).